

CAPITULO XIX.

La infancia de un gran hombre.



En el antiguo reino de Extremadura hay una villa que debe su celebridad á la circunstancia de haber nacido en ella Hernan Cortés.

Esta villa, que se levanta en las márgenes del Guadiana, es Medellin.

En la época en que vió la luz bajo su hermoso cielo el héroe de nuestra historia, estaba habitada, en su mayor parte, por labradores, pecheros, casi todos del conde de Medellin.

Tenian tambien en la villa su casa solariega algunas familias de las más nobles del reino, y entre ellas figuraban las de los Pizarros, Altamiranos y Cortés de Monroy.

En épocas pasadas, y aun en las guerras contemporáneas, habian alcanzado honra y prez en el combate muchos hijos de estas ilustres familias.

Don Martin Cortés, despues de haber derramado su sangre en las luchas contra los moros, habiendo quedado huérfano muy jóven todavía y en posicion de una pingüe fortuna, se retiró á la villa de su nacimiento, y poco tiempo despues enamorado de doña Catalina Pizarro y Altamirano, se unió con ella, animados ambos por un entrañable amor.

Era doña Catalina mujer de raras virtudes..

Tan jóven y bella como piadosa, desde los primeros años de su vida habia buscado la paz para su alma, y no habia creído hallarla sino tomando el título de esposa de Jesucristo.

Su familia habia procurado disuadirla de este empeño, esperando que los años destruyeran sus ideas, y lo único que consiguió fué que aplazase la resolucion formal que manifestaba á todo el mundo de entrar en el claustro.

Don Martin Cortés supo ganar su voluntad en breve tiempo, y consiguió con sus rendidos obsequios atraer á la felicidad conyugal aquella alma que solo ansiaba los dulcísimos consuelos de la religion.

Pero pasados los primeros años, volvió á caer la jóven esposa en una profunda melancolía.

Su idea, fija en las aspiraciones de su pasado, debilitó sus fuerzas físicas, y la melancolía de doña Catalina amenazaba á cada instante al solícito esposo con un siniestro fin.

Tenia fortuna, y comprendiendo que la distraccion era el único remedio que podia salvar á su esposa, fué un dia á Badajoz, habló con un judío que prestaba á los nobles cantidades sobre sus bienes, recibió de sus manos una crecida suma, no sin asegurarse ántes del pago el israelita, y con el dinero volvió en busca de su esposa, y fué con ella á la córte.

Desde Castilla pasó á Aragon y á Navarra, y consiguió que doña Catalina distrajese sus penas y recuperase la salud perdida.

Al cabo de dos años de continuas distracciones, regresaron á Medellin, y ya la esposa no pensaba en el claustro.

Una felicidad le sonreia.

En sus entrañas latia el fruto de su amor, y la esperanza de estrechar en sus brazos á un hijo, constituia para él la suprema felicidad.

Pero aquel goce debia costarles caro.

El judío continuó prestando dinero á su víctima, y llegó un tiempo en que solo quedó á don Martin Cortés la casa de sus padres, pero sin las tierras, que constituian la mayor parte de su fortuna.

La familia de su esposa habia experimentado tambien con las guerras grandes calamidades, y al nacimiento de Hernan Cortés se hallaban sumidos sus padres en la mayor pobreza.

Los dos esposos sufrían horriblemente al considerar el triste porvenir que podían brindar á su querido hijo.

A fuerza de pensar en su situacion, doña Catalina volvió á afligirse.

Adoraba á su hijo, y cuando le contemplaba dormidito en su cuna no podía ménos de pensar en los sufrimientos que le aguardaban, mayores aún cuando supiera que descendía de una familia noble y rica.

Don Martin, por su parte, en vez de hallar en su casa la satisfaccion que da el desahogo, encontraba el martirio del que ve que no puede atender á sus obligaciones, y tanto para no aumentar la tristeza de su esposa, como para no dar lugar á inculpaciones de ningun género, parecia huir de la madre de su hijo, y cuando estaba en su preseca, ó hablaba poco, ó callaba siempre.

Cualquiera que hubiera entrado en aquella casa, hubiera creído que un profundo abismo separaba á ambos esposos.

Y sin embargo, los dos se amaban entrañablemente.

Don Martin quiso recuperar lo perdido, volviendo á la guerra.

Desgraciadamente, enemigos suyos se interpusieron entre él y el monarca, y no pudo obtener lo que deseaba.

Por aquel tiempo falleció un tio suyo, dejándole una heredad insignificante, pero que de todos modos aumentaba sus rentas.

Era la época en que el niño necesitaba maestros para ilustrarse.

Los niños tienen una gran penetracion.

Cuando al abrir los ojos los fijan en los de sus padres, y ven lágrimas, parece que aquellas lágrimas caen en su corazon y mantienen siempre viva una pena que no se explican, que no les

hace daño moralmente, pero que debilita sus fuerzas, que empobrece su sangre, que quita su sávia á su naturaleza.

En todas partes hallaba el niño la tristeza.

Ni sus juegos, ni sus gracias se celebraban, porque sus juegos y sus gracias aumentaban la tristeza de aquellos seres que no se creían con derecho para gozar.

No habia en torno suyo más que lágrimas.

Todos en aquella casa vivían en un continuo silencio.

La madre no se atrevía á acariciar á su hijo delante de su esposo.

Este parecia evitar sus miradas, por no encontrar en ellas una reconvencion.

Aquella pobre flor en campo tan estéril, creció entumecida, débil, pobre, raquítica.

La inteligencia se desarrollaba à expensas del cuerpo.

Y sin embargo, su alma parecia querer romper aquella cárcel estrecha y dura.

Bajo aquel niño habia un hombre, y un hombre que sufría.

Los frailes le enseñaron á leer y escribir.

No siendo rico, la única esperanza de sus padres fué la de que entrase algun dia en un convento.

A los doce años habló por la primera vez de su porvenir con su madre.

—He oido, le dijo, que hay una ciudad en Castilla, adonde acuden todos los que quieren saber.

Esa ciudad es Salamanca.

Aun los más pobres pueden ir hasta allí pidiendo limosna, y asistir á las aulas sin sacrificios pecuniarios.

Madre mia, yo querria ir á Salamanca.

Este noble deseo fué satisfecho.

Procurando que no salieran á sus ojos las lágrimas que brotaban de su corazon, ofreció doña Catalina á su hijo contribuir á realizar sus esperanzas.

—Desgraciadamente, exclamó, no somos ricos, y no podemos enviarte á disfrutar de las comodidades que otros obtienen, ni tan siquiera nos es dado poner á tu servicio un escudero.

Pero si hoy no comprendes cuán triste es haber nacido en una noble cuna y carecer de bienes para satisfacer las necesidades que engendra un nacimiento de esta clase, un día llegará en el que comprendas lo que hoy sufren tus padres por no poder dar á tus propósitos toda protección que merecen.

Doña Catalina habló á su esposo, y los dos convinieron en que no tenían más remedio que acceder á los deseos de su hijo.

—Hagamos el último sacrificio, dijeron.

Don Martin buscó á un arriero para que condujere á su hijo á Salamanca, y no atreviéndose ni aun á darle consejos, pero deseándole en secreto toda clase de felicidades, le despidió sin derramar una sola lágrima en su presencia.

El pobre jóven, sin saber por qué, experimentó un profundo pesar.

Tenia una idea fija.

Esta idea la formulaba á medias con una frase:

—Mis padres no me quieren, decia.

—Nada hemos podido hacer por nuestro hijo, se dijeron aquellos desconsolados padres.

A su tormento se unió la horrible soledad en que quedaron.

Hernan Cortés partió á estudiar, partió á hacerse hombre, llevando en el alma el desaliento y en el corazón el dolor.

CAPITULO XX.

Camino de Salamanca.



N extremeño en toda regla era el arriero que acompañaba á Hernan Cortés.

De buen humor, aficionado á cuentos, de carácter alegre, sobre todo cuando acababa de comer y de empujar la bota.

De figura gordiflona, de fisonomía franca y ojos saltones y vivarachos, de frente escueta, su conjunto grotesco contrastaba con la delicadeza de facciones de Hernan Cortés, con la debilidad física que se retrataba en su rostro, y sobre todo con la expresión de tristeza de sus ojos, que eran los únicos que parecían tener vida en él.

Ya habia sufrido el jóven la enfermedad de que hemos hablado anteriormente á nuestros lectores.

Ya era devoto de san Pedro.

Al ponerse en camino se habia encomendado á él, pidiéndole que se apiadase de sus queridos padres.

Salió de Medellín una mañana muy temprano, montado en una mula, y guiado por el arriero, á quien llamaban el tío Picos pardos.

El arriero intentó varias veces entablar conversacion con el jóven, porque su mayor goce era charlar por los codos.

Hizo varias tentativas inútiles.

El futuro estudiante respondia siempre con monosílabos.